

2. A LA SOMBRA DE MOISÉS

Vuelvo hoy al evangelio de Mateo para exponer el tema de su judaísmo fundamental. Tal como sugerí en la columna anterior, si queremos empezar a entender adecuadamente los libros del Nuevo Testamento, debemos contemplarlos como textos judíos. Mateo es, en todos los sentidos, el más judío de los cuatro evangelios. Escribió este evangelio para una comunidad de seguidores de Jesús en la que los miembros eran judíos. Por eso, en su relato, pudo usar –y así lo hizo– símbolos de la historia de fe judía e ilustraciones tomadas de la cosmovisión judía. Al escribir, confiaba en que sus lectores entenderían estos símbolos y los interpretarían correctamente. En las primeras décadas del movimiento cristiano, todos entendían que este era el sentido principal del evangelio de Mateo. Nadie en aquella época pretendería que Mateo escribía literalmente sobre hechos históricos, o que recogía como un testigo visual acontecimientos que habían ocurrido realmente. Sin embargo, hacia la mitad del siglo II, apareció esta mala interpretación; para entonces, el Cristianismo era ya un movimiento mayoritariamente griego. Los cristianos eran gentiles en su mayoría, y no estaban familiarizados con el pasado judío ni con sus símbolos. Y tampoco leían las Escrituras Judías pues pensaban que las habían abolido los escritos cristianos. Ya no participaban en el culto de las sinagogas. Así que estaban ciegos para los significados judíos que, de hecho, formaban parte de este evangelio.

Pero eran ciegos a más cosas. En aquel momento, estos cristianos gentiles estaban tan profundamente influidos por un virulento antisemitismo que no tenían deseo alguno de entender nada que tuviese que ver con los judíos. Así que el sentido verdadero y original de este evangelio se perdió. El cristianismo había comenzado lo que yo llamo su “cautividad gentil”, que habría de durar hasta bien entrado el siglo XX, cuando aparecieron las primeras grietas en dicha cautividad. Sin otra forma de entender los evangelios, los cristianos empezaron a leer a Mateo, casi inevitablemente, como si fuera realmente una biografía literal de Jesús, y empezaron a suponer que su narración se escribió para que los lectores la interpretasen literalmente, como si fuese histórica. Fue entonces cuando asumieron ideas sobre este evangelio que ni su autor ni sus lectores originales habrían asumido nunca. Creyeron, por ejemplo, que hubo realmente una estrella que viajó por el cielo tan lentamente que los sabios pudieron seguirla. Asumieron que esta estrella guió a los magos hasta encontrar a Jesús en Belén. Asumieron que, como el firmamento era el techo que separaba el cielo de la tierra, la forma de que Dios enviase el Espíritu Santo sobre Jesús en su bautismo fue abrir un agujero en aquel techo para hacer posible su divina “incursión”. Creyeron, literalmente, que Dios habló desde más allá de aquel cielo para proclamar hijo suyo a Jesús, sin darse cuenta de que las palabras de Dios se tomaban en realidad de Isaías 42. Creyeron, literalmente, que Jesús fue tentado en un desierto por el demonio, y que pronunció realmente el Sermón del monte. Los lectores judíos originales del evangelio de Mateo no habrían llegado a estas mismas conclusiones, ya que conocían la tradición judía de la que todos estos relatos eran un reflejo.

En esta serie, mi tarea será que mis lectores se abran a esta tradición. Al hacerlo, espero dejar claro que el fundamentalismo bíblico fue *una herejía de los gentiles*. Nació de la

ignorancia gentil con respecto a los escritos sagrados de los judíos. El fundamentalismo, que tanto abunda en la iglesia cristiana del siglo XXI, tiene el mismo origen. El literalismo gentil y el fundamentalismo bíblico no son buenos para el cristianismo. Son muy destructivos. Esta es una acusación fuerte, pero es ajustada, y debemos documentarla. En esta columna, y a lo largo de esta serie, esta será mi principal intención. Así que permítanme empezar con la primera lección.

El mayor héroe de la historia de la fe judía fue Moisés, así que no debería sorprender que su vida haya sido la plantilla sobre la que los primeros escritores judíos del cristianismo contaran la historia de Jesús. Moisés fue el elemento más importante para interpretar la vida de Jesús. Sorprendentemente, sin embargo, el nombre de Moisés no se menciona en el evangelio de Mateo hasta el capítulo 8. No obstante, pese a ello, su sombra está presente en cada relato sobre Jesús.

Los relatos del nacimiento de Jesús, con los que Mateo comienza su evangelio, suponen la primera presencia implícita de Moisés en este texto. Mateo nos cuenta que, cuando Jesús nació, un malvado rey llamado Herodes trató de matarlo. Unos sabios habían ido al palacio de Herodes, buscando saber más sobre el lugar de nacimiento de aquel al que llamaban "el Rey de los Judíos". Un niño nacido en el país de los judíos, y con semejante título, sería una amenaza para el trono de Herodes, así que este no estaba contento con la situación. Por eso deliberó con los escribas y con los sabios sobre el lugar en el que se esperaba que naciese el nuevo rey judío, y así descubrieron, en el libro de Miqueas, lo que creían que era una predicción de que el Mesías debía salir de Belén, pues debía ser de la casa de David. Entonces, Herodes encargó a los magos que fuesen allí y que volvieran con información sobre la identidad y la localización de este nuevo rey: "*así yo también podré ir a adorarlo*", les dijo, y les animó a seguir su camino. Sin embargo, los sabios de esta historia recibieron en sueños un aviso de Dios para que no volvieran donde Herodes, de modo que regresaron a sus casas por otra ruta. Herodes se puso furioso cuando descubrió que lo habían engañado, así que hizo que sus soldados se dirigiesen a Belén y matasen a todos los niños varones de hasta dos años, en un intento de destruir al nuevo "libertador prometido". ¿Ocurrió realmente algo de todo esto? ¡Por supuesto que no! Es una historia de Moisés vuelta a contar, para aplicarla a Jesús. Cuando nació Moisés, otro rey malvado, llamado Faraón, quiso destruir igualmente a todos los niños varones judíos; esta vez fue en Egipto, en un vano intento de destruir al "libertador prometido" por Dios. Según este relato, Moisés se salvó porque su madre lo puso en un cesto en el río Nilo, donde lo encontró después la hija del Faraón, que lo adoptó como hijo. El Jesús recién nacido, como Moisés, también se salvó de la fatalidad cuando su padre, José, se lo llevó a Egipto para escapar de la ira de Herodes.

Esta es la historia. Es una interpretación en forma de relato, típica de la tradición judía. Todos los lectores originales de Mateo, que eran judíos, se debieron de dar cuenta de esta superposición de relatos al escuchar este texto, pues escuchaban con oídos judíos y con mentalidad judía. Seguro que reconocieron la forma judía de escribir que tenía Mateo. Más tarde, los lectores gentiles, carentes de esta capacidad, empezaron a tratar a estos relatos como si fuesen literalmente verdaderos, históricamente ciertos. Y así nació el fundamentalismo.

Según iba desarrollándose el relato de Mateo, aquellos que conocían las Escrituras Judías podían ver que Moisés estaba presente, silenciosamente, en el trasfondo. A continuación, Mateo lleva a Jesús a la orilla del río Jordán para contar la historia de su bautismo. El poder de Dios sobre las aguas había sido, durante mucho tiempo, uno de los motivos más destacados para los escritores del Antiguo Testamento. El lugar en que apareció con más fuerza este tema fue la historia del Éxodo, en la que Moisés separó las aguas del mar Rojo para que los judíos pudiesen escapar de la esclavitud en Egipto cruzando aquel mar por tierra firme y a pie enjuto. La tradición de la separación de las aguas se convirtió así en un tema recurrente del Antiguo Testamento. Se repitió en la vida de Josué, el sucesor de Moisés que separó las aguas crecidas del río Jordán para que los judíos pudiesen cruzarlo y conquistar así el país que, según reclamaban, había sido legado a su ancestro, Abraham. Más tarde, en la narración bíblica, tanto Elías como Eliseo separaron las aguas del río Jordán para poder cruzarlo igualmente, caminando sobre tierra firme. El autor del evangelio de Mateo, así como sus primeros lectores, tenía en mente todas estas tradiciones, y por eso reconocieron lo que Mateo trató de comunicar cuando contó su historia. Miremos ahora con ojos judíos los detalles del relato del bautismo de Jesús.

Primero, Mateo lleva a Jesús a la orilla del río Jordán. En este relato, trataba de comunicar su convicción de que había una presencia de Dios en Jesús como no la había en nadie más. Ni siquiera se podía comparar la presencia de Dios en Jesús con la que se dio en los mayores héroes del relato de fe judío: Moisés, Josué, Elías y Eliseo. ¿Cómo lo expresó Mateo? Leed el evangelio. Cuando Jesús se introduce en el agua del Jordán, no separa aquellas aguas. Eso no hubiera sido nada pues ya había ocurrido antes. Así que el Jesús de Mateo no separa las aguas del Jordán sino que ¡separa las de los cielos! ¿Qué eran los cielos para los judíos? El relato de la creación nos cuenta que el cielo, al que llaman “firmamento”, estaba diseñado, al principio, para separar las aguas superiores de las inferiores. Así que se presenta a Jesús introduciéndose en el Jordán, pero separando las aguas del cielo, que se precipitan entonces sobre él como Espíritu Santo. “Agua viva” es siempre un sinónimo judío del Espíritu Santo. Mateo estaba diciendo con ello que Jesús trasciende la separación entre el cielo y la tierra, entre lo humano y lo divino. Una voz del cielo designó entonces a Jesús como el hijo “único” de Dios. Aquí, lo divino se experimenta en lo humano. ¿Es este un relato literal del bautismo de Jesús? ¡Por supuesto que no! Es una interpretación de Jesús como aquel en quien Dios estuvo presente de forma singular, más allá de cualquier presencia de Dios que los judíos hubiesen conocido jamás, en cualquier otro profeta escogido. Mateo y su público debieron de entender este mensaje. Nadie debió de pensar en leerlo como una historia literal. Tan solo los cristianos gentiles, que leyeron este relato algunas generaciones después y que no estaban bien informados, debieron de empezar a pensar y a creer que este relato era un relato literal.

La sombra de Moisés en el relato de Mateo sobre Jesús no termina aquí. De modo que la próxima semana seguiré sondeando el evangelio de Mateo tal como él lo escribió y tal como sus primeros lectores lo entendieron. Nadie, en la época en la que este evangelio se escribió, lo leyó ni lo vio como una historia en sentido literal porque sabían que no lo era. El fundamentalismo es la ignorancia interpretativa de aquellos que no entienden que el evangelio de Mateo nunca pretendió ser una biografía. Se pensó como una interpretación en forma de retrato, un retrato pintado por un artista

judío para que su público judío pudiese entender *lo que Jesús significaba*. Esto quedará más que claro a medida que despleguemos este relato en las próximas columnas.

— *John Shelby Spong*

[© www. ProgressiveChristianity.com]